

FILOSOFIA Y EDUCACION SUPERIOR

JOSE RAMON BENITO
México

Cuando Boecio escribió su celebrado diálogo “Sobre la Consolación por la Filosofía”, ya ésta aparecía con unas ropas “cuya hermosura estaba algo oscurecida” y que habían sido “hechas pedazos por unos hombres importunos”. No obstante, la idea de la posibilidad de consuelo por la filosofía parecía muy conforme al juicio de los hombres sensatos y rectos. Así pudo surgir, bajo la inspiración y el empuje de quién ha sido llamado el último romano y el primer escolástico, todo ese movimiento cultural, en el cual y del cual surgieron las universidades, centros por excelencia de la educación superior en Occidente.

Si bien, en aquel entonces la filosofía no era sino la sirvienta, comparada su situación con la que hoy día nos presenta, parecería haber sido la reina, o al menos, la princesa en aquellos tiempos. En la actualidad, y esto corre ya hace algunos decenios y casi centurias (pero la situación se agudiza cada día), se está lejos de esperar algún consuelo de la filosofía.

Incluso eso se presenta hoy como un daño y su principal riesgo: ser un opio intelectual que aliena al hombre y lo paraliza, ocultándole la auténtica realidad e impidiéndole insertarse en su compromiso histórico.

No sólo se ha perdido todo aprecio por la filosofía, sino que se le considera con temor y desconfianza ya que muchos parecen no ver en ella sino una cómplice de los poderosos, una falsaria y una engañadora de los débiles.

En estas condiciones es urgente una reflexión amplia y muy profunda sobre el estatuto de la Filosofía, y desde luego, sobre su sentido y lugar dentro de la educación.

Advirtiendo la amplitud y rigor que son necesarios en el tratamiento del problema indicado, las consideraciones que pretendo exponer aquí no van más allá de algunas reflexiones que la misma experiencia profesional y los “signos de los tiempos” me han suscitado.

No se espere una doctrina ni una tesis; quizá sólo balbuceos que sugieran algunos elementos para poner en orden el problema; al menos pretendo hacer un voto y una invitación a personalidades tan eminentes como las que asisten a este Symposium, para que atiendan con presteza la causa de la filosofía que es, señores, en gran medida, la causa de nuestra cultura, la causa del hombre.

Al hablar del significado de la filosofía en la Educación Superior pueden entenderse varias cosas. Puede pensarse en una función rectora del saber y capaz de definir y dar una articulación propia a ese nivel educativo; puede tomarse como filosofía educativa, esto es, el cuerpo de doctrina que inspira y sustenta a la educación superior; también puede tomarse como el lugar que corresponde a la filosofía como especialidad universitaria conducente a un título o grado académico; puede en fin referirse a la enseñanza de filosofía dentro de la universidad o en cualesquiera institutos de educación superior, independientemente del campo profesional o conjunto de disciplinas o carreras que no son de Filosofía ni de Humanidades en el sentido clásico de la palabra.

Estas son algunas de las posibles interpretaciones del título de este trabajo. Aunque no es posible desligarlas absolutamente, pretendo ocuparme principalmente sólo de la última, esto es, de la enseñanza de la filosofía dentro de la universidad.

I. Planteamiento del problema

a) Significado de Filosofía y de Educación Superior

Si aclarar lo que se entiende por educación superior resulta relativamente sencillo, hacerlo con lo que se entiende por filosofía, y más entre especialistas, parece una osadía que sólo la ignorancia o la torpeza de quien la comete o la benevolencia de sus oyentes, podrían disculpar. Contando con todo a mi favor, hago acopio de fuerzas para tratar de salir adelante. De cualquier manera son necesarios algunos rodeos previos.

Es frecuente encontrar la distinción entre filosofar y filosofía, aún entre aquellos que admiten la validez de ambas modalidades. La primera consiste en una actitud, una reflexión o ejercicio crítico y de autocrítica; la segunda es el saber o el conjunto articulado de proposiciones. Aunque a simple vista parecería que la filosofía es resultado del filosofar, en esto ya no estarían todos de acuerdo, pues hay para quienes el filosofar auténtico nunca puede ir más allá de sí mismo ni dar lugar legítimamente a la filosofía; en todo caso al pervertirse se

convertirá en una de tantas filosofías. Huelga decir que los hay también que no aceptan ni el uno ni la otra, pero con las tales el diálogo debería empezar por otro camino.

¿A qué se dirige o sobre que versa la reflexión filosófica? ¿Cuál es el contenido del saber filosófico o de las proposiciones que constituyen la filosofía? Su objeto es el todo, la totalidad, sujeto a una revisión o examen radicales, pero cuyo resultado no alcanza a ser un captar o un comprender exhaustivo.

Filosofar es pues la puesta en cuestión del mundo circundante porque el mundo está en cuestión, no se da sino que “lanza enigmas”, pero da razón, aunque trabajosa y obscuramente y en un responder inagotable por lo cual provoca un cuestionar inagotable. Pero más que una inagotabilidad en sustitución, es en profundidad, ya que nos cuestiona sobre la totalidad y desde la totalidad.

Porque se nos da el mundo como un todo cuya totalidad nos cuestiona, es que nos surge el asombro y la pregunta. Sólo el que se asombra, pasa del vivir cotidiano o pre-filosófico al filosofar propiamente dicho. Y así el hombre demuestra, porque la ejerce, una capacidad de captar y contener que rebasa el mundo circundante. “El alma es en cierto modo, todas las cosas”, decía Aristóteles.

Pero precisamente para apreciar al todo como totalidad y al mismo tiempo distinguir lo diverso en el todo hay que preguntarse radicalmente. Y esta radicalidad de la pregunta nos descubre en nuestra misma calidad de sujetos demandantes y de objetos demandados, nos descubre inmersos en el tema filosófico, constituyéndose así el doble carácter de crítica y autocrítica que es el filosofar. Para filosofar como para vivir, no es posible la asepsia o “total desinfección”, o en términos dramáticos, se es siempre espectador-actor.

Totalidad y radicalidad son pues los signos distintivos del filosofar y la filosofía. Y a tal punto es esto irrefutable que el mismo intento de refutarlo lo confirma: todo y desde los fundamentos puede ser puesto en cuestión, está poniendo, desde ya y por estar, cuestiones y proponiendo soluciones.

Este extraño sujeto-objeto que es el hombre, que puede decir yo y ser llamado tú, es un ser en escorzo, deviene, como las demás cosas del mundo físico, pero además deviene hacia sí mismo y hacia y con los demás y deviene hacia más allá del devenir y del tiempo. El tiempo humano no es el mismo que el tiempo físico porque mide un movimiento meta-físico de ese ser metafísico que es el hombre. O para evitar el escándalo de los entendidos y usar términos no bárbaros, el hombre es un ser moral en el sentido amplio, y desde luego, también en el fuerte de la palabra.

Y el proceso, el devenir del hombre, es lo que se suele llamar educación. Devenir de un ser que ya es, pero que no es todavía, sino que ha de llegar a ser. Y ese llegar a ser un hombre completo, conseguir el hombre perfecto es lo que la educación tiene como fin.

Evidentemente la escuela no es sino uno de los agentes de la educación, y si hablamos de la educación superior usualmente entendemos las escuelas superiores. Pero en realidad por educación superior debería entenderse el conjunto de actividades y elementos que se orienten a alcanzar en la persona humana los niveles más elevados de su desenvolvimiento y perfección y por lo mismo, el grado de educación en que el educando participa más perfecta y plenamente, por sí mismo, en dicha formación. En cierta manera la educación superior es en grado mucho mayor auto-formación.

Es cierto que ello no es totalmente ajeno al sentido usual, restringido, de educación superior que se indicó como el grado más alto de escolaridad, pero ciertamente que las escuelas superiores no pueden sino contribuir en un grado limitado a la educación superior en el sentido propio también descrito.

El campo de la universidad o de las escuelas superiores es propiamente el de la inteligencia, y sólo por medio de ella, puede alcanzar otros niveles. Y aún debe reconocerse que el aspecto intelectual no sólo cae bajo el dominio de las escuelas; son muchas las influencias informativas que de una u otra manera "con-forman" las inteligencias hoy día.

El distinguido profesor Caturelli ha definido la Universidad como "la corporación de estudiantes y profesores, que por la investigación y la docencia se ordena a la contemplación de la verdad".¹ Y de esta manera, que es la suya propia, la escuela superior contribuye a la formación humana integral.

Ahora bien, en esta búsqueda y ordenación a la verdad, ¿cuál es el papel de la filosofía? También aquí es preciso aclarar algunas cosas.

b) *Crisis de la Filosofía*

Para poder reconocer a la filosofía un papel significativo en la educación superior, es preciso desde luego que se reconozca a su vez que la Filosofía es algo, que tiene un carácter sustantivo en el dominio del saber humano y por ende, auténticas cualidades formativas. Si por el contrario se piensa que sus conceptos son vacíos, si en todo

¹ Caturelli, Alberto. "La Universidad", Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1968. p. 67.

caso no pasa de ser un objeto de diversión inofensiva o, si peor aún, se le tacha de ser un mero producto ideológico cuya misión es reforzar el sistema, la filosofía es deformativa o deformante, pero no educativa.

Es común en nuestros días oír hablar de crisis de la filosofía, y de ser esto cierto, podemos entender por qué se da entonces una crisis en la educación y tendremos también algunos hilos importantes de la crisis de la cultura.

Sería de nuevo un asunto muy complejo el de la crisis de la filosofía, y que para ser abordado requiere mucho más en tiempo y en talento que aquellos de los que dispongo. Quiero aquí señalar solamente, además de su relación con la educación y la cultura, los dos aspectos más generales en que pienso que el problema puede tratarse.

En primer término, la crisis de la Filosofía puede significar un estado permanente, "condición natural" de la filosofía que es la propia de un saber en tensión, propio de un hombre en camino. Si bien es cierto que hay verdades filosóficas (por reducción al absurdo, la del escéptico), también lo es que hay una perenne problematicidad en los temas filosóficos, o si se prefiere, que la filosofía, puesto que se encara con el misterio, no está nunca satisfecha ni satisface plenamente a sus devotos, ni están acabadas sus respuestas.

Esa pasión de la verdad de la que habla el profesor Borne como característica del filosofar,² es la crisis, conmoción permanente de un intento por reconciliar la verdad permanente con lo existente, diverso, transido de contrariedades y oposiciones. Una crisis así es esperanza y vitalidad, no agonía. Es la tensión misma de lo real mundano y de la vida, puesta en orden intelectual.

De esta crisis, de la crisis así tomada, el hombre no puede sino recibir luces y vitalidad intelectual, y al comprenderla, el hombre descubrirá como en una sombra, el sentido de su mismo ser y destino. Filosofar y filosofía entonces se reclaman porque los logros filosóficos son nuevos acicates al filosofar.

Pero la segunda acepción de la crisis es la de un estado actual en que la filosofía se derrumba, en el cual su suerte se decide negativamente.

No se pueden desconocer los abusos y deformaciones que han dado lugar a filosofías espúreas, en donde no sólo en sus vestidos, como la veía Boecio, sino en el monstruo en que ha sido convertida, la filosofía se ha corrompido y desprestigiado. Y esto que de filosofía

² Borne, Etienne. "Passion de la Verité", En: "L'enseignement de la philosophie". Recherches et Débats. Librairie Arthème Fayard. Paris, 1961. p. 182-194.

sólo guarda el nombre, resulta nefasto para la educación, tanto mientras se vive bajo su influencia engañosa, como en el momento en que es puesto al descubierto y se vive repudiándolo sin más. Desde luego que el daño que significa esto último, el por qué la necesidad de la filosofía, es algo que probablemente se desearía que fuera un poco más comentado; de ello me ocuparé en la segunda parte. Antes quisiera decir un poco más de la crisis y del antihumanismo que conlleva.

Entre los que desprecian a la filosofía se suele decir, con un sentido quizá más sofisticado que lo que lo hace el vulgo, que la filosofía es inútil, pero inútil no en el sentido meramente pragmático, sino en que es culturalmente irrelevante; que no tiene nada que decirle al hombre de hoy ya que ésta vive al margen de lo que los filósofos piensan. Las concepciones del mundo realmente vigentes hoy, proceden de la obra de científicos, artistas y políticos, pero nunca de filósofos. En todo caso el hombre común sigue viviendo de sus tradiciones o de lo que le inculcan los medios propagandísticos, y le tiene sin cuidado lo que los filósofos discuten y enseñan.

Si la cultura es, como decía Ortega, “el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee, mejor: el sistema de ideas desde las que un tiempo vive”.³ el nuestro al menos, no vive desde un sistema de ideas originado en la filosofía.

Se afirma que los filósofos son especialistas en nada, que su pretendida generalidad y universalidad carece de objeto, y que sus argumentos no son sino verborrea, en el mejor de los casos capaz de agradar al oído, pero que no tiene nada que decir para las inteligencias.

A todo esto habría que advertir que si la cultura no vive desde la razón, es vivida, apenas sobre-vive, su vida es ajena y por tanto precaria. Pero al menos, y en todo caso, esto valdría para la educación superior, cuyo orden propio según queda dicho, es el de la inteligencia. Lo cual no significa que sólo la filosofía cumpla las exigencias de racionalidad de la cultura o de la universidad, pero sí que a ella corresponde el ejercicio más significativo en la crítica y autocrítica ya señaladas anteriormente.

Y si la cultura, segunda naturaleza de que el hombre está revestido, —además de ideas y creencias, consiste en sentimientos y hábitos, instrumentos e instituciones—, carece de forma deliberada de la posibilidad de ese preguntar y responder que constituyen el filosofar y la filosofía, si ha expulsado y combate esa tierra de nadie en el senti-

³ Ortega y Gasset, José. “Misión de la Universidad”. Revista de Occidente Col. El Arquero. Madrid, 1968. p. 57.

do posesivo y usufructuario, la posibilidad humanista y educativa es privada de uno de sus elementos esenciales, al menos en el nivel superior. La anti-filosofía es de alguna manera ideológica por naturaleza, muy en contra de lo que sostienen sus partidarios que son quienes tachan de tal a la filosofía.

II. Posibilidades educativas de la Filosofía en el nivel superior

a) Valor sustantivo de la Filosofía como Teoría en la vida humana.

Asombro y admiración caracterizan la vida filosófica y esa vida es en sí misma y constituye un fin por sí misma. El espectáculo de la realidad en su conjunto, independiente de cualquier actividad exterior a dicha visión es lo que pretende: ver lo que de veras es. Para lograrlo, el que filosofa busca insistente y cuidadosamente; trata de ver, pero no forza ni pone condiciones o trampas; en ese sentido una ciencia es menos teoría en cuanto es más inquisición y forcejeo que apertura; en la filosofía la respuesta es más bien manifestación y acogida; el filosofar no fracciona sino que atiende y admira.

Cuando el hombre trabaja, lucha, y el esfuerzo y la tensión causan en él fatiga y sujeción; usualmente durante la labor, su mismo cuerpo se encorba y puede hasta caer bajo el peso de sus obras o de los materiales que se le resisten.

Muy lejos de mi intención ocultar o negar la nobleza del trabajo y la dignidad que el hombre ejercita en él. Pero esta dignidad y nobleza apuntan hacia algo que los trasciende. Y cuando se pretende absorber la vida entera en el mundo del trabajo, la inmanencia que esto constituye se convierte en un ambiente sofocante y una vida sin esperanza. Cuando el trabajo se hace viendo el cielo limpio y cuando el quehacer del hombre es la misma admiración del espectáculo del mundo, hasta percibir el transmundo, estamos en un quehacer que consiste en no hacer sino precisamente en quedarse mirando, en admirarse ante lo que se le revela. Y esta es precisamente la vida de teoría.

“Ser movido por la verdad y no por otra cosa, tal es la esencia de la teoría”, dice Aristóteles. Y un pensador contemporáneo, tan alejado de él también en sus ideas como Bertrand Russell, afirma: “La ciencia que empezó siendo la persecución de la verdad se está haciendo incompatible con la veracidad”. . . “en sus comienzos fue debida a los hombres que tenían amor al mundo”; “eran hombres de un intelecto tiránicamente apasionado”. . . “Pero paso a paso, a medida que la ciencia se fue desarrollando, el impulso-amor que le dió origen ha sido contrariado, mientras el impulso-poder, que fue al principio un

mero acompañante, ha usurpado gradualmente el mando". "De este modo, sólo renunciando al mundo como adoradores podemos conquistarlo como técnicos. Mas esta división en el alma es fatal para la parte mejor del hombre. Tan pronto como se comprueba el fracaso de la ciencia considerada como metafísica, el poder que la ciencia confiere como técnica se obtiene a merced de algo análogo a la adoración de Satanás, o sea, por renuncia al amor".⁴

Si el espectáculo de la verdad es la vida del sabio, no es la ocupación del filósofo. Este, sin forzar debe esforzarse por ver mejor; o quizá por no estorbar a que lo real se patentice y así, ser arrobado en un éxtasis que no es sujeción sino libertad; encuentro con lo que es y consigo mismo; encuentro inacabado ciertamente, porque la filosofía no nos salva, sino en todo caso, nos sugiere y anima hacia el único que pueda salvarnos. Pero en esa pasión de la verdad del filosofar, a un nivel puramente natural e intelectual, se inicia ya la reconciliación del hombre con el ser, consigo mismo y con los demás.

Dogmatismo, acritica o mejor cesarismo o triunfalismo intelectual y escepticismo, son de los enemigos principales de la Filosofía; seguridad acritica e ilusoria, desinterés o desesperación son los frutos de uno y otro. Ni la pretensión de establecer valores e imponer verdades, ni la decepción del que tiene que seguir luchando por no hayarse instalado en la paz que, con todo, se le sigue prometiendo, son auténticas señales de la actitud filosófica.

Desde aquí empieza a verse su papel en la educación. En cuanto se cultivan el filosofar y la filosofía no es posible imponer "*a priori*", y desde cualquier paradigma científico o pseudo científico, y mucho menos, desde el interés de cualquier grupo o poder, los fines de la universidad o de la educación.

Si se puede afirmar el carácter esencialmente anti-ideológico del filosofar y la filosofía auténticos, es porque exigen permanentemente la sola libertad que es insoportable para cualquier presión o engaño: la libertad de buscar la verdad, la libertad de preguntar, la libertad de discutir, de refutar. La filosofía, "*per se*", no puede servir a ningún interés, por noble que parezca, sino al de la verdad. Y digo que parezca y no que sea, porque si es, como tal se podrá reconocer en cuanto se reconozca la verdad. Y esa es la función de la filosofía y eso es lo que puede dar a la educación. Ponerle condiciones a la realidad es cerrarse a ello; los para y los porque, deben resultar de ella. Si el conocimiento se subordina a determinados intereses deja de ser puro y se hace praxis, interés, ya no conocimiento.

⁴ Russell, Bertrand. "La Perspectiva Científica" (t. del ing. G. Sares Huelin). Barcelona, Editorial Ariel, 1974. p. 215.

Desde el momento que se prohíbe preguntar y se afirma que la pregunta carece de sentido o es ideológica se está precisamente instituyendo la ideología.

“¿Cómo poner en duda que existe una paradoja humana, fuente inagotable de reflexión y de interrogantes filosóficas?, pregunta Etienne Borne, y responde: “La formulaciones de esta paradoja pueden variar indefinidamente. Destacaré únicamente aquella que, al hacer que se unan a ella el rigor de pensamiento y la austeridad, de estilo, ha dado lugar a la más desconocida e ignorada de las grandes filosofías: El hombre en el mundo —dice Kant— pertenece al conocimiento del mundo, pero el hombre consciente de su deber en el mundo, no es una cosa, sino una persona. El hombre, objeto y sujeto, cosa y persona, enraizado en la naturaleza y la historia, y emergiendo al margen de la naturaleza y por encima de la historia, esta escalada de contradicciones y contrariedades no puede provocar más que un interrogatorio y una ansiedad sin fin, independientes en sí mismas de las situaciones y culturas, y que establece el interrogador-interrogado en estado de alerta con respecto a las ideologías, es decir de las representaciones segurizantes”.⁵

“La sensibilidad burguesa embotada lo encuentra todo evidente, comprensible por sí mismo” dice Pieper.⁶ Desde ese punto de vista otras ideologías, de aspecto y pretensiones enormemente revolucionarias, son también profundamente burguesas. No hay que olvidar la común genealogía de posturas que parecerían muy opuestas y que, como los perros de diferentes razas, se muerden y se reproducen entre ellas.

b) *Testimonio de la Verdad y Liberación por la Filosofía.*

Si la filosofía es capaz de devolver a los hombre la confianza en sí mismos en cuanto se reconocen sabedores en camino, es porque el filosofar ejerce constantemente el testimonio de la verdad en “el ejercicio del diálogo y la dialéctica”, en expresión del profesor Borne.⁷ Aspiración permanente y logro lento pero real de una “*Philosophia Perennis*”, en donde el eclecticismo como método no es más que una forma más, de la apertura ya apuntada; es filosofar, es diálogo que transforma los adversarios en participantes de un afán común y colaboradores de una común adquisición.

⁵ Borne, Etienne. “Ideología y Filosofía”, En: Anicot, M. et. al.; “Las Ideologías en el Mundo Actual”, (t. del fr. Ricardo Mazo) DOPESA. Barcelona, 1972. p.p. 110-111.

⁶ Pieper, Josef. “El Ocio y la Vida Intelectual” —¿Qué significa filosofar?— (t. del al. Manuel Salcedo). Madrid, 1962. p. 128.

⁷ Barne, Etienne. “Passion de la Verite”.

Y la empresa de disponibilidad y apertura se comprende y justifica cuando se descubre que la oposición es posible porque la verdad es inagotable, pero alcanzable, y que en ese lento avance, muy diversas maneras y hasta caminos aparentemente opuestos, son diversas verdades que no se oponen por sustitución o eliminación sino por complementación. Pero para ello el diálogo debe proseguir indefinidamente, superando la fatiga, con esperanza, respeto y comprensión. Sólo tomando verdaderamente en serio al oponente es posible descubrir su verdadera posición, que nos entrega la parte de verdad que hay en su planteamiento y/o en su respuesta.

Este clima filosófico es el que reclama la educación superior. Tanto por lo que respecta a los fundamentos y el sentido de la totalidad, como al propio desarrollo de sus diversos campos.

No estoy abogando por el establecimiento de cursos específicos de filosofía en todas las carreras. Tampoco esto se excluye. Dependerá del área de saber y objetos principales de estudio, así como de los propósitos sociales de las diversas profesiones.

Se trata aquí de algo a nivel general. Más bien, quiero insistir en el clima filosófico que Pieper llama filosofía como modo y estilo cuando dice: “No es la filosofía técnica, junto a las demás especialidades, la que haga un estudio académico, sino la filosofía como principio, como modo y estilo de considerar el mundo y relacionarse con él”.⁸

En este sentido veo muy oportuno citar aquí la recomendación de los expertos encargados por la UNESCO en 1951-52 para una investigación internacional sobre la enseñanza de la filosofía: “Buscar ante todo los problemas filosóficos en la experiencia, previniéndose así del peligro de un comentario puramente libresco; estudiar en las obras consagradas ciertos tipos de soluciones posibles a los problemas vividos, previniéndose al peligro de un modernismo ramplón”.⁹

A partir de lo que un hombre piensa y de cómo ve el mundo, habrán de derivar sus acciones, sus afanes y sus actitudes. Al menos, son sus convicciones más honas las que lo animan y le dictan las normas o imperativos que dan sentido a su responsabilidad. Es en función de una cierta “jerarquía de valores” más o menos implícita, pero real, que un hombre vive. El concepto de hombre, de mundo y de vida que se tenga será lo que fundamente un cierto modo de comportarse y “de justificar” los fines que se persigan y las técnicas profesionales que se utilicen. Un hombre podrá pensar una cosa y actuar de

⁸ Pieper, Josef. *op. cit.* —“Lo académico, el funcionario y el Scfista”— (t. del al. Lucio García Ortega). p. 188.

⁹ Publications de l'Unesco, 1953. Rapport p. 15.

otro modo, pero tal escisión es sólo aparente; en lo más íntimo de su ser y de su acción hay otra coherencia y otra fidelidad que al menos a nivel teórico, puede ser puesta de manifiesto. Y en caso de subsistir el conflicto y admitir que se da, es de nuevo, una idea del hombre la que trata de dar razón de tal realidad en conflicto.

Ahora bien, el papel moral de la universidad está precisamente aquí. Y también su papel social. Desde los antiguos “*Studia Generalia*”, la universidad, “lugar de estudio abierto, debe propiciar en los estudiantes un sentido común de los valores intelectuales y de su proyección social” según expresión de Dawson. A la universidad corresponde la explicitación y el análisis crítico de la cosmovisión subyacente en toda actitud humana; éste es su papel más propio, y aquí están sus posibilidades.

Claro está que también se implica con ello la puesta en tela de juicio de aquellos sistemas de ideas y de valores vigentes en el propio estudiante o en una determinada sociedad. “En tal sentido”, comenta el profesor Mayz, “la universidad debe convertirse en un agente de transformación y cambio, para cuyos fines cuenta con el poder del saber y la influencia moral que de su prestigio u autoridad emanen. Consciente de su posición, el compromiso de ella debe ser el de servir como punto de convergencia donde se reúnan la mejor ciencia y conciencia de la respectiva sociedad y desde el cual puedan brotar los gérmenes innovadores”.¹⁰ Y es en la universidad, a partir de la investigación y la docencia, que habrán de buscarse y promoverse nuevas alternativas, nuevos valores, nuevos sistemas. . .

Esta misma concepción de universidad puede ser discutida, pero sólo en cuanto que es ella quien lo permite al implicar el rechazo a tentaciones como la imposición, la conducción, el endoctrinamiento y la manipulación. Desde el momento en que la educación superior intenta desempeñar otro papel en la sociedad que el que atañe al orden intelectual, se compromete en el sentido de que pierde la libertad que le es indispensable y le da razón de ser. Pero esta libertad y este afirmarse en el plano del conocimiento no supone un desconocimiento o un abandono de la realidad concreta ni de la acción, sino precisamente el ejercicio de un derecho que nada ni nadie le pueden arrebatar ni suprimir y que es condición indispensable para que la universidad desempeñe su misión en la formación de hombres y sociedades auténticamente libres.

La auténtica libertad sólo puede darse a partir de una coherencia

¹⁰ Mayz, Ernesto. “Misión de la Universidad Latinoamericana”. Valle de Sartenejas, 1976. p. 12.

entre el pensamiento y la vida, las convicciones y las actitudes, coherencia que sólo puede ser intelectualmente fundada por una profunda revisión que permita tomar una sólida posición frente al sistema de ideas que se sustenta y que haga patente su reclamo para la vida. De ahí que la contribución de la universidad al desarrollo de la libertad humana y social radique precisamente en la medida en que someta no sólo esos juicios y convicciones implícitos y los posibles sistemas a que dan lugar, sino también sus consecuencias, a la necesidad de su coherencia no sólo lógica sino vital.

Será por tanto particularmente propio de la universidad y de su tarea formativa y educadora, ocuparse de aquellos conocimientos que más se refieren o están más directamente relacionados a las actitudes fundamentales del hombre frente a la vida y propiciar su cuestionamiento y la búsqueda de esa doble coherencia antes indicada. Así pues, aunque parece ser víctima de la ilusión socrática que supone que del mero conocimiento del bien se sigue necesariamente una actitud moral positiva, en realidad la supera con cuanto se esfuerza por poner de manifiesto el compromiso personal y social de cualquier opción intelectual, compromiso moral en cuanto no basta optar intelectualmente, sino que ello reclama la entrega viva, la acción decidida, el esfuerzo eficaz.

Por la índole misma de estos objetos de conocimiento el estudiante deberá comprender hasta qué grado su actividad como hombre y como profesionista está implicada en una realidad humana y social concretas, en la que él no puede permanecer indiferente y cómo su misma indiferencia implica una posición y una responsabilidad.

Pero es a través de la inteligencia y precisamente por los temas que se consideran, —una realidad histórica y humanamente significativa y apelante— que la voluntad y la decisión del estudiante entran también en cuestión.

Por lo que se ha expresado hasta aquí como filosofar y filosofía, puede verse que primerísimamente es por su medio, que puede propiciarse esta ubicación significativa del hombre en el mundo.